



EL HUMO DEL HOGAR.

(CUENTO DE NAVIDAD).

PRIMERA PARTE.

EL RABEL.

A fines del año 183... al pié de una pelada montañuela, estribacion pirenáica, verdadera excrecencia en el centro de un ameno valle de Guipúzcoa, parecía sonreír cándidamente al viajero una casita blanca rodeada de frutales de toda especie y tapizada de robustas vides y caprichosas enredaderas que se enlazaban á los característicos dibujos rústicos de su gran balcón de madera, trepando hasta lamer la crestería de su inmenso alero á dos aguas, marcado gusto suizo, por más que en aquella época la moda no hubiese importado aún al nuestro el *chalet* del país de Guillermo Tell (1). Un rosál trepador, de la especie llamada multiflora, ejercía orgulloso sobre aquella decoracion—viviente puede decirse—un dominio, al que el trascurso de los años habia dado carácter tradicional, tanto que aquella modesta finca sólo era conocida por la quinta del Rosal, ó más sencillamente, por el Rosal á secas. El año tocaba á su fin, ya lo hemos dicho,

(1) El caserío rural en las provincias vascongadas reviste generalmente este carácter.

y dicho se está tambien que los frutales, las parras, las enredaderas mismas, que se habían desnudado de sus galas del estío, al entregarse al sueño del invierno sólo ofrecían, serpenteando á capricho sobre la nítida blancura de la casita, el aspecto de un informe y gigantesco esqueleto. Sin embargo, y porque

Per troppo variare, natura e bella,

el invierno tiene tambien sus galas, sus encantos especiales. Las hojas ántes verdes y arrogantes, ahora lívidas, muertas, yacían sobre el césped amarillo. La naturaleza toda aparecía sin vida. La nieve descendía de las nubes para tejerla blanquísimo sudario. ¿Y no embellece á veces la mortaja?

Era la tarde del 24 de Diciembre, y la Noche-Buena se venía á más andar. ¡Ay! negra noche debia ser aquella para los moradores de la casita blanca, para la pobre familia del Rosal, y... una *niñería* iba á ser la causa determinante. ¡Si pensárais, niños de mi alma, lo que puede derivarse de una *niñería*!...

En El Rosal vivía un matrimonio, ya de edad madura. Pedro, antiguo contratante con los buques de la armada, hombre rudamente honrado y ordenancista *à todo trapo*, según su lenguaje pintoresco, y Marta, pobre mujer sin hiel... ni sal, sin cualidad relevante de ningún género, fuera de un corazón... de madre y nada más, que producía para sus hijos un amor... de paloma ó de fiera, que allá han de irse para el caso. Dos frutos había dado aquel matrimonio. Trece años tendría el mayor. Bueno, hasta excelente habría salido Andrés, á haber tomado del honrado Pedro el carácter enérgico, modificado por la disciplina, en lugar de tomar su rudeza, maleada por la inconsciente indulgencia maternal. Pedro, que en sus buenos tiempos había agitado el *rebenque* sobre la *chusma* de abordó, era demasiado hombre para soñar siquiera en aplicar este sistema de convicción á la educación de una mujer; y como el buen hombre no sabía ni conocía otro, juzgad ahora, pequeños lectores míos, cómo andaría la de la pobre Marta, escasamente dotada, por otra parte, de lo que en el nuevo castellano hemos dado en llamar *pesquis*. Era, pues, la infeliz no una mujer mala, ni mucho menos; era hasta... una bendita. Pero si no era mala en absoluto, para el caso era peor; era lo que se llama una *madraza*. Y todavía, si Pedro hubiera sabido llevar el timón de una casa como sabía regir el de un navío de tres puentes, esto habría importado lo que un pequeño escollo á flor de agua. Pero ¡ay! ¡para regir un buque se exige tanto! Para regir la familia no se exige nada, por eso naufraga tan á menudo la familia. Y es que una *madraza*, volviendo á esa palabra, que se pronuncia hasta en broma, es una cosa terrible. ¿Os figurais un arquitecto que levanta un colosal edificio, gloria suya y del país, mientras en la sombra la carcoma roe sus maderas, el salitre ahueca sus muros? Pues esa carcoma, ese salitre que inutiliza su trabajo es... la *madraza*. ¿Veis ese buque admirablemente gobernado por la disciplina, y en el cual por una influencia invisible se introduce la ocultación de las faltas en el servicio, la impunidad de los que las cometen, y poco á poco va haciéndose

cundir la desmoralización á bordo hasta que el naufragio ó la sublevación traen en pos de sí un fin digno de tal principio? Pues esa influencia perniciosa... es la *madraza*. Si revolviérais los anales del presidio; si os fuera dado escuchar esas historias tristesísimas que en horas de expansión y de dolor se escapan de los labios del penado, ¡cuántas de esas historias veríais que arrancan de la *madraza*!

Marta era una de esas desgraciadas, una de esas mujeres de desgracia. Andrés jamás había sufrido un castigo, como su madre hubiese tenido tiempo de ocultar su falta: verdad es que cuando no, el padre, que por otra parte quería con delirio al chicuelo, se acordaba demasiado del contraamaestre: ya hemos dicho que tampoco sabía el pobre otra cosa. La dureza, pues, de estos castigos, corporales todos, casi... hasta disculpaban la excesiva ternura maternal, y ésta á su vez venía á hacer nuevamente necesarios aquellos castigos. El niño vivía por su mal entre dos extremos, sin que la persuasión, única que forma al hombre hablando al pundonor, tuviese la menor parte en su educación. Para nada se cuidaba Andrés del estudio, del cumplimiento, en fin, de ninguno de sus deberes; sus faltas, las faltas más feas, no le avergonzaban; ocultarlas, eludir el castigo; esta era la cuestión, y para ello allí estaba la *madraza*.

El segundo vástago del buen matrimonio era una niña, vástago débil, que ya llevaba la muerte en su helada savia. María, un ángel de cera trasparente y que parecía esperar un soplo de aire para volarse al cielo, era una pintura; pero una pintura de este mundo. Ojos inmensos, dulces y azules, cabellos rubios cenicientos, cayendo lasos á lo largo de sus mejillas descarnadas, como para besar dos fatales rosas que asomaban á sus pómulos. La expresión de su boca, algo grande y de encendidos labios, era triste cuando estos se plegaban; cuando una sonrisa los rasgaba, cuando las dos hileras de dientes sin esmalte, secos como las flores sin rocío, aparecían un momento, aquella sonrisa en que los ojos no tomaban parte... era tristísima. María había padecido de raquitismo en la cuna, y este mal, esta cons-

titucion, que en muchos casos es el preludio de un desarrollo de robustez y vida, en la niña produjo primero una desviacion de la columna vertebral con todas sus naturales consecuencias; despues una fiebre consuntiva: un favor del cielo para la que con la intuicion admirable de estos seres comprendia demasiado que nada ya la ligaba á la tierra; habia perdido hasta el nombre ¡su dulce nombre! En la aldea la llamaban... la jorobadita de El Rosal.

Aquella noche, sin embargo, una desusada animacion galvanizaba aquel lánguido tallo, que por momentos parecia doblarse para siempre. Sus ojos buscaban... algo desconocido; presentia su mente algo nuevo, algo... muy próximo.

Ella, generalmente abstraída, indiferente á todo, aquella noche seguia con verdadero afan de niña los menores detalles del festin nocturno. Una sonrisa hasta radiante animaba su rostro demacrado, y las rosetas mismas, reconcentradas de ordinario en un punto fijo de sus mejillas, parecian difumarse en nácar como la sangre congelada se difuma sobre la nieve al calor de los rayos del sol. El angel parecia aquella noche apegarse á la tierra: Marta, la pobre madre, estaba por su parte en el quinto cielo.

Pedro, silencioso, concentrado, paseaba á lo largo de la cocina. Su mirada inquieta iba y venia desde la puerta hasta los ojos de la hija de su corazon, que como nunca, dado su sexo, debia contar con su rebenque, monopolizaba, por decirlo así, toda la ternura—y era mucha—que aquella corteza, aquella piel de lobo marino no dejaba volatilizar. Hacía tiempo que el corazon de Pedro no latia á gusto. Empezaba á comprender á su hijo: empezaba á temer por su hija.

—¿Dónde andará ese *grumete* del demonio!—estalló por fin.

—Se habrá entretenido en el pórtico, con otros muchachos,—observó tímidamente la madre.

—Tienes razon—contestó Pedro con ironía.—Tú siempre, y *contra viento y marea*, has de buscarle disculpa. ¡Así está de *averiado* el muchacho: ¡rayos y truenos! Ayer tuve que *aguantar un chubasco* del señor Alcalde por haber el mozo descristala-

do á pedradas dos *portas* de la Secretaría, y en seguida tuve *al costado* al maestro con quejas de que no estudia, que falta á clase, y cuando asiste es para *hacer* algun *zafarrancho*. ¡Esto no puede continuar así; ¡*cien carronadas!*»

—¡Pedro!—observó tímidamente la bondadosa madre—disimula por esta noche; sabes que es la Noche-Buena; que la pobre niña está tan contenta... Yo le regañaré á solas, tú lo haces con dureza; el chico, que tiene genio, se enfurruña... y tú acabarás por pegarle; la niña que le quiere tanto, se asustará... y ¡adios noche de Navidad!

—Bien mujer, bien,—responde el contra-maestre convencido,—pase por esta noche; pero año nuevo, vida nueva, ¡mil balas de á veinticuatro!

La calma quedó restablecida por el momento; Marta reanimó el fuego con un brazado de cierto oloroso brezo, producto especial de los jarales de la casa, que por tradicional costumbre guardaban cuidadosamente para tal noche, y que en el pueblo era de todos conocido. El uso de este *muérdago* sagrado se enlazaba con alguna tradicion religiosa de familia, así como su cultivo, y por nada en el mundo habrian dado á nadie una semilla ni un puñado de aquel arbusto, que por otra parte se producía escasamente.

Pronto sonaron pasos en el zaguán, y un muchacho flacucho y desmedrado se presentó en el dintel, huraño y receloso; era Andrés. Con planta incierta, y como tanteando el terreno, se atrevió á acercarse al hogar ya casi convencido de que el *cariz* no presagiaba precisamente una *galerna*. Traía en la mano un rabel. ¡Rabel aciago que tan fatal debia ser para la pobre familia del Rosal.

—Hemos ido—dijo con cierta timidez, sin embargo, y sin que nadie le interpelara,—fuimos despues del rosario yo y el del cirujano y los de... á echar los cantares en casa de Doña Rosa, y despues en casa de la comandanta... y así... en otras casas.

Nadie le contestó ni aún pareció fijarse en él, preparándose todos á sentarse á la mesa, en donde ya humeaba el primer plato. La niña, únicamente la pobre niña se fijó, con la insistencia de los niños vale-

tudinarios, y en el momento en que sentada en su silloncito acolchado la acercaban cuidadosamente á su sitio, en el rabel que Andrés traía debajo del brazo, y que no parecía dispuesto á abandonar á dos tirones.

—Dame ese rabel, Andrés—exclamó el angelito, con cierta exigencia, fácil de comprender en su estado.—Yo quiero el rabel.

—Pues á mí no me da la gana—contestó el chicuelo de mal talante.—Es mío y...

—Andrés—dijo la buena madre,—da ese gusto á tu hermana. Un momento no más. Pronto se cansará. ¿No ves que está malita?

—No quiero, ea—contestó el consentido rapaz.—Ella tiene sus juguetes y...

El ex-contramaestre callaba, paseando á grandes pasos; pero tenía ya llena la Santa Bárbara: aquel *No quiero*, frase exótica en el diccionario de á bordo, fué la mecha.

—Andrés... ¡Voto á un millon de bombas!—exclamó al fin rompiendo el fuego.—Todo te lo pasaré ¡rayos y culebrinas! menos el faltar á la disciplina. ¡Largando ya ese chisme á toda vela con rumbo á tu hermana, ó te rompo un *espeque* en las costillas!

Aquí sucedió lo que la intuición maternal había previsto. El chico, educado entre dos extremos, recibió el choque con violencia, y con violencia tenía que rechazarlo. El rabel partió, en efecto, *con rumbo* á la niña; pero con rumbo tan fatal, que rebotando en la mesa, fué á dar en la frente marmórea de la pobre criatura de Dios, que instantáneamente se tiñó de pá-

lida sangre, determinándose una crisis nerviosa, que á pesar de la no gravedad material de la herida, la privó del sentido, presa de una horrible convulsión: lo que allí pasó en dos segundos no hay pluma que en ese tiempo lo refiera. El *espeque* (una silla) voló como un dardo, alcanzando, bien que no de lleno, al desgraciado niño en el momento en que aterrado, sin conciencia de lo que hacía, se lanzaba al campo por una ventana, en cuyo alfeizar quedaron impresas para siempre dos pequeñas manchas de sangre. El contramaestre se lanzaba á su vez en su seguimiento, cuando un grito desgarrador que partía de la alcoba, un grito de madre, le clavó en el pavimento. Otro grito, grito de maldición, que partió por la ventana al través de la noche, fué el eco de aquel grito de dolor.

—¡Muerta, hija mía, muerta!—fué el grito de la alcoba.

—¡Andrés! ¡Maldito seas!—fué el grito de la ventana.

Momentos despues dos padres sin ventura lloraban abrazados sobre el amorado cadáver de la jorobadita del Rosal.

En los momentos mismos, un niño, imagen viva del espanto, trepaba, llorando también, aunque sin conocer la extensión de su desgracia, la montañuela abrupta. Una columna de humo, que el viento abatía sobre el sendero, le envolvió durante algún tiempo, embalsamándole con un aroma sagrado inolvidable. Aquel humo, que así parecía decirle «¡Marcha!» como podía decirle «¡Adios!» era *el humo del hogar*.

JULIAN DE ARZADUN.

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

Cierto lapidario
Perdió en un camino
Un Diamante tosco
Y un Cristal pulido.
A su camarada
El Diamante dijo:
—Yo salir espero
Pronto de este sitio.
Piedra soy al cabo
De valor crecido:
Quien me encuentre, llena

De oro su bolsillo.
El Cristal, picado
Respondióle:—Amigo,
Mucho es lo que vales;
Pero no te envidio.
Tú y un vil guijarro
Pareceis lo mismo:
¿Quién, pues, ha de verte,
Si te falta brillo?
Unos pasajeros
Acercarse miro:

Vamos á ver de ambos.
 Quién es preferido.—
 El Cristal lanzaba
 Resplandores vivos,
 Y esto á los viajantes
 Reparar les hizo.
 Bájanse á cogerle,
 Le alzan con cariño,
 Y entre tanto pisan
 Al Diamante rico.

Y sin ser de nadie
 Desde entónces visto,
 Se quedó en el polvo
 Para siempre hundido.
 Méritos ahora
 Húndense de fijo,
 Si les falta un poco
 De charlatanismo.

J. E. HARTZENBUSCH.

LA RISA Y EL LLANTO.

(CUENTO EXTRAÑO).

No hace mucho tiempo vivia en no recuerdo qué punto de la provincia de Santander, un matrimonio jóven y rico, cuya felicidad se completó más tarde con el nacimiento de un niño tan guapo como robusto.

No hay para qué reseñar las peripecias de sus dias infantiles; sólo diré, que desde bien pequeño empezó á demostrar un talento extraordinario, y un corazon lleno de bondad y ternura. Al principio se comenzó á notar que este niño reia con frecuencia, y casualmente en los trances en que debia de llorar. Un dia por un descuido se clavó una tijera en el carrillo, y se puso á reir de una manera fuerte, como cuando nos ha hecho mucha gracia una cosa y no nos podemos contener, con una risa natural, franca y sin mezcla de dolor. Ahora bien. ¿Quién duda que aquel niño se habria hecho un daño terrible cuando del pinchazo le sobrevino una fuerte calentura? Durante ésta no hacía más que reir, y en cambio cuando la calentura cesaba, el pulso disminuia sin latidos y sus ojos tomaban su natural brillo se echaba á llorar. El médico observó esto, y exclamó:

—Esto no tiene nada de particular, es nervioso.

(Que es lo que dicen siempre los médicos cuando no entienden la enfermedad.)

Pero aquello que al principio no se le dió importancia, seguia en aumento, observándose siempre que cuando tenía un dolor reia y cuando lograba una satisfaccion lloraba. Los padres volvieron á llamar al médico, hubo juntas, y despues de muchas preguntas, y registrar, y tocar, y sobar, convinieron todos en que era una cosa rara, extraña, y que ningun autor citaba en sus libros: para concluir, no se podia explicar aquello. Miéntas tanto, el niño crecia y se iba haciendo hombre. Entónces él mismo explicaba su enfermedad.

—Cuando me sucede una desgracia—decia—sin poderme contener, y así como todo el mundo llora, yo rio, y sin embargo, sufro mucho: al contrario, cuando experimento alguna alegría lloro, sin dejar de estar contento. Esta enfermedad se consultó á infinidad de sabios, pero ninguno dió á ella solucion satisfactoria.

Miéntas tanto Nicasio, tal era

el nombre de nuestro héroe, no se corregía de aquella rareza. Sus padres murieron y él quedó solo en el mundo. Su enfermedad, como á nadie se la quería confesar, le costó numerosos disgustos é infinidad de burlas. El vulgo, es decir, esa muchedumbre que sólo cree lo que le entra por los ojos, ó que se le presenta con colores sombríos ó misteriosos, no lo creían, y él despreciándolo se marchó de España y se fué á una isla del Océano. Allí pensaba vivir tranquilo; pero allí también adquirió fama de mal corazón, porque cuando sucedía cualquier desgracia, aunque se contuviera, siempre dejaba escapar una sonrisa, y viceversa.

Un día estalló formidable tormenta; los relámpagos y los truenos se sucedían iluminando los unos el espacio con claridad siniestra, y haciendo los otros retemblar las islas. Nicasio, que estaba paseándose por el muelle, iba á retirarse cuando los quejidos de un pobre anciano y una jóven le detuvieron. Allá en el horizonte se veía una barca zozobrar, y en ella iba el marido de la jóven y el hijo del viejo. Aquellos dos seres pedían socorro, y la barca miéntras tanto adelantaba muy lentamente. Dos ó tres veces estuvo nuestro héroe por reír, pero se contuvo: al cabo no pudo dominarse y prorumpió en una carcajada. El viejo le miró y le dijo: ¿Os burlais de mi desgracia? Por fin la barca se había acercado mucho, sólo le faltaba unas cuantas varas para atracar, cuando una fuer-

te sacudida la sepultó en el abismo. Nicasio, sin poderse contener y loco de dolor, reía como un loco. El viejo que le vió, observando que se burlaba de su desgracia, como un leon se arrojó sobre él y golpeándole con tanta furia que Nicasio perdió el sentido.

Cuando volvió en sí se encontró en una alcoba, y á su lado un caballero de barba blanca, alto, delgado y amarillo: sus ojos eran tan pequeños y de un color tan indefinido, que separados de su cuerpo hubiese sido difícil saber que lo eran: vestía de negro, y tenía una gravedad cómica.

La gente es así—dijo,—no juzga sino por los actos exteriores. Si hubiéseis llorado, aunque os hubiéseis reído por dentro, nada le extrañaría; pero ha sucedido lo contrario, y os han maltratado. Yo soy el que os he de salvar.

Esta relacion, dicha de prisa, fué la que aquel doctor enjaretó á Nicasio cuando abrió los ojos; pero sus heridas eran muy graves y murió á consecuencia de las mismas.

Aquel discípulo de Galeno aseguraba que la rareza de Nicasio había cesado en sus últimos momentos, y si él no lo decía era porque su enfermedad no le dejaba hablar. Muy poco ántes de morir dos lágrimas salieron de sus ojos y se extendieron por sus mejillas.

Ahora lo que falta saber (á pesar de lo que decía el doctor) es si aquellas lágrimas eran de dolor ó de alegría.

A. VALLESPINOSA.



EL ORO DE LA POBREZA

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ RUIZ NORIEGA.

PERSONAJES.

JULIANA (40 años).
MIGUEL (50 id.).
SABINO (12 id.).
RAMON (40 id.).
ANTONIO (9 id.).

El teatro representa una sala de pueblo decentemente amueblada: á la derecha una ventana grande con persianas: puertas laterales y una en el foro.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL y JULIANA, disponiéndose para salir á la calle.

JUL. Los he de echar de mi casa
Por no tenerlos tan cerca.
MIG. Mujer, no pienses así,
Y aprende de su prudencia;
¿Qué sabes tú si mañana
La suerte se torna adversa?
Acuérdate del pasado,
De nuestra antigua miseria.

- JUL. Déjate ya de sermones
Y habla de lo que interesa:
Hoy debemos tener carta
Diciéndonos la sentencia
Del pleito; vete á buscarla.
- MIG. Si la noticia es adversa,
La sabremos por desgracia,
Y por fortuna si es buena.
- JUL. Quisiera tener tu genio;
A mí me falta paciencia.
- MIG. Sabino y tú sois iguales:
Educado á tus maneras,
Sólo sabe hacer su gusto,
Sin respeto ni obediencia
A sus padres, que le mandan,
Ni al maestro, que le enseña.
- JUL. ¡Era mucho que el muchacho
No entraba también en cuenta!
- MIG. Porque quiero que varíes
Con el chico de sistema.
Tú, permitiéndole cosas
Que son cargos de conciencia,
No le quieres más que yo,
Y á su perdicion le llevas.
- JUL. ¡Qué manía!
- MIG. No es manía;
Hoy mismo no fué á la escuela.
- JUL. Eso es bueno para el pobre,
Para el que está en la miseria;
Pero el rico es otra cosa:
Aquí, el que tiene pesetas,
Y se las sabe gastar,
Y lucirse...
- MIG. ¡Calla, necial
El oro no da honradez,
Ni sentimientos, ni ciencia,
Sino sólo aduladores;
Y si no, ¿qué diferencia
No existe entre nuestro hijo
Y tu sobrino?
- JUL. ¿El de Pepa?
- MIG. Ese mismo, el de tu hermana.
- JUL. La que debe haber por fuerza;
La que entre un pobre y un rico...
- MIG. ¡Y dale con la riqueza!
Mientras Antonio es un chico
Aventajado en la escuela,
Y querido del maestro
Por su talento y prudencia,
Sabino es un holgazan,
Un revoltoso, que apenas
Sabe á estas horas en dónde
Tiene la mano derecha.
- JUL. ¡El demonio de Antoñito!
Parece una mosca muerta:
Si estás aquí el otro día,
De seguro que le pegas...
¡Pues no se atrevió á decirme
Que les toca á ellos la herencia!
Si tarda un poco en marcharse,
Sale de grado ó por fuerza
por el balcon.
- MIG. Me incomoda
Que tengas esas maneras.
Y dice bien el muchacho:
Si la justicia lo ordena,
¿Qué remedio ante la ley?
Pero que él eso dijera
No te autorizaba á tí
Para inferirle esa ofensa.
¡Arrojarlo de tu casal
Vamos, calla.
- JUL. Que no venga.
- MIG. Si es tu sobrino.
- JUL. Mejor.
- MIG. Si es tu sangre.
- JUL. Pues que sea.
- MIG. Nada; no hablemos más de esto,
Se acabó: ¿estás ya dispuesta
Para salir?
- JUL. Sí, ya estoy.
- MIG. Dile á Sabino que venga
Con nosotros, no sea que
Observe que estamos fuera
Y haga alguna de las suyas.
¡Pero, calla, aquí se acercal

ESCENA II.

Dichos y SABINO vestido de militar, con gorra de cuartel, banda terciada y charreteras, hecho todo con estampas de cuadros, y por sable la media caña dorada de un espejo ó cuadro.

(Hace de corneta con la mano y sale por la izquierda tocando generala.)

- MIG. ¡Bien!... (Indignado)
(Sabino, llevando el compás, da dos ó tres vueltas alrededor de Miguel y Juliana)
- SAB. ¡Firmes!
(Cuadrándose frente á sus padres.)
- JUL. ¿Ves qué ocurrencia?
- MIG. ¡No lo quieras disculpar!
(A Juliana.)
Así te tengo que dar. (Cogiendo un baston en ademan de castigar á

*Sabino; pero Juliana se inter-
pone).*

¡Firme, firme, sin clemencia!

JUL. ¡Sabino, vamos á ver!

MIG. Cuidado con que te alteres.

JUL. ¡No he de matarle! ¿Qué quieres?

A lo hecho, ¿qué se va á hacer?

MIG. ¡Nada! Premiar con cien besos

Al autor de esas diabluras.

JUL. Son juegos de criaturas.

MIG. Pues se le rompen los huesos.

¡Tú en él no ves accion mala,

Y su maldad te extasia!

¡Ha roto la estamperia

Y el espejo de la sala!

SAB. Si es el sable.

MIG. ¿Te da risa?

JUL. No le hagas caso, si es tonto;

(A Miguel.)

Y usted, dispóngase pronto

(A Sabino.)

Que vamos los tres á misa.

SAB. Yo no voy. ¡Vete! *(Con desenfado.)*

MIG. ¡Por vidad!

SAB. Que no, y que no.

MIG. No le arguyas.

(A Juliana.)

JUL. No hagas una de las tuyas;

Mira que vengo en seguida.

MIG. Buen papel haceis los dos...

Y yo, por condescendiente,

¡Qué vergüenza ante la gente

Y qué castigo ante Dios!

(Vanse.)

ESCENA III.

SABINO solo.

Tra... ta... ti... Voy á formar

A mi ejército lucido.

*(Empieza á colocar las sillas en ala
de batalla como si fueran solda-
dos; pone una mesa delante y se
sube encima mirando hácia las
sillas.)*

¡Qué buen soldado he nacido;

Yo quiero ser militar!

Mi padre es tan regañon,

Que algunas veces me asombro.

¡Batallon!... ¡Firmes! ¡Al hombro!

¡Marchen! ¡Alto! ¡Batallon!

Ahora, tras de esta persiana,

Sin que nadie pueda verme,

Voy un rato á entretenerme

Usando esta cerbatana.

*(Se baja de la mesa, y conforme ha
dicho, se pone á tirar á los cris-
tales de enfrente.)*

¡Se rompió! *(Suenan un cristal.)*

¡Tino feliz!

La gente mira y se para.

A aquel que mira de cara ..

(Le apunta.)

Le he deshecho la nariz.

Mira hácia acá enfurecido.

¡Já, já, já, se desorienta!

¡Qué buen blanco me presenta!

(Tira otra vez.)

Le di otra vez; ya se ha ido.

Y has hecho bien, inocente,

porque si no... ¡pero, calla!

(Mirando las sillas.)

¿Aún me presentais batalla?

Pues á morir de repente.

*(Empieza á palos con las sillas y las
deja en desórden tendidas por el
suelo.)*

Así dareis testimonio

Del valor de este caudillo.

*(Se oye en la escalera de la casa un
acordeon hábilmente tocado.)*

¡Qué musical!

(Asomándose á la puerta.)

¡Un organillo

Que toca mi primo Antonio!

Y yo no tengo otro igual...

Pero otro no; ese ha de ser.

¿De qué me sirve tener

Padres con tanto caudal?

Oye, primo, haz el favor;

(Hablando desde la puerta.)

¿Cómo los dedos colocas

Para tocar, cómo tocas,

Lo mismo que un profesor?

¿No lo ves? *(Dentro.)*

No.

Pues así...

¿Me lo quieres enseñar?

Yo lo quisiera tocar.

¿Por qué no subes aquí?

ANT. Como me echó tu mamá,

No lo permite la mía.

SAB. Eso pasó el otro día

Y se le ha olvidado ya.

Anda, sube *(Aparte.)*; como subas
vas á quedarte sin él.

(Alto.) Y te daré pan y miel,
Y queso, y almendras, y uvas:
No tengas ningun cuidado,
No hay nadie donde yo estoy;
Si han salido...

ANT. Bueno, voy;
Pero me bajo al contado.

SAB. Como quieras. ¡Ay qué bien!
Ha caído en el garlito:
O me lo da, ó se lo quito,
O se lo rompo tambien.

ESCENA IV.

Dicho y ANTONIO; éste entra tocando un acordeon y enseñándoselo á Sabino.

SAB. A ver, á ver; ¡qué preciosos!
¿Y cuesta mucho dinero?

ANT. No lo sé.

SAB. ¿Quién te lo ha dado?

ANT. Me lo dió el señor maestro.

SAB. ¿Y por qué?

ANT. Por los exámenes.
El alcalde ha dado premios
Para todos los que somos
En las clases los primeros,
Y á mí me ha tocado en suerte
Este que ves.

SAB. Ya lo veo.

ANT. A Luisito un kaleydóscopo;
A Enrique, el hijo del médico,
Una caja de soldados.

SAB. Pues no creas que son premios
A vuestra disposicion
Ni á vuestro claro talento;
Si eso fuera así, ¿quién duda
Que me premiara el maestro?
Dí si no, ¿quién paga más?
¿Quién lleva el traje más nuevo,
Y vive en casa más grande,
Y tiene lo que yo tengo?
Ya ves tú; si yo quisiera
Que á mí me dieran un premio,
Y cien, y más que á vosotros,
Con decirlo estaba hecho;
Mas como todos sois pobres
Y vais vestidos de viejo,
Le da lástima al alcalde,
Y por eso os da los premios.
ANT. Es verdad que somos pobres;
Mas ¿qué tiene que ver eso?
Pero mi papá me ha dicho,

Y nos ha dicho el maestro,
Que si ahora en estos exámenes
Son de esta clase los premios,
En los próximos serán
Mejores y de más mérito;
Y entre eso que tú me dices
Y lo que me dicen ellos,
Creer debo á los mayores.

SAB. ¡Habrás visto muñeco,
Que quizás no haya almorzado
Y me quiere dar consejos!

ANT. Si no es que yo sepa, primo;
Mas no te enfades por eso,
Y si te ofendí al hablarte,
Nunca ha sido tal mi intento.

SAB. ¡Pareces un angelito!
(Remedándole.)

Por eso no te queremos
Aquí ninguno en la casa.

ANT. Pues yo á vosotros sí os quiero.
Si aquí no vienen mis padres
Ni vosotros vais á verlos,
Como que somos familia
Y por vosotros comemos,
Me aconsejan que os respete,
Que no levante del suelo
Los ojos, ni os falten nunca
Mis palabras ni aún mi acento.
Tú no puedes figurarte
Lo que yo sufro y padezco
Cuando me mandas subir
Y darte gusto no puedo:
Ahora, como estabas solo
Y me llamabas contento,
He subido aprovechando
Que mis padres están dentro,
Que si no...

SAB. ¡Qué! ¿Quieres irte?
Márchate. (Empujándole.)

ANT. Déjalo; luego.

SAB. Ahora mismo; anda á la calle,
Hipócrita. (Dándole un pescozon.)

ANT. ¿Qué te he hecho
(Llorando.)

Para que así me maltrates?
(Sigue pegándole.)

No me pegues: ¡soy pequeño
Y no puedo defenderme!

SAB. ¿Con que no me tienes miedo?
Ahora verás.
(Pegándole con la media caña del
espejo.)

¡Toma, toma!

ANT. ¡Ay, me has dado en este hueso!
(Sigue llorando.)
 ¡Ay, ay, ay! ¡Papá, mamá!
 Sabino me está rompiendo
*(Le da dos ó tres golpes en el acor-
 deon y se le rompe.)*
 Mi juguete.
*(Se le cae al suelo y lo recoge Sa-
 bino.)*
 Dame... dámelo...
 Que no es tuyo; yo lo quiero.
 SAB. ¿Te vas, ó te mato hoy?
(Amenazándole.)
 ANT. Yo se lo diré al maestro.
*(Se va llorando. Sabino deja el ju-
 guete bajo una mesa.)*

ESCENA V.

SABINO solo.

El ha tenido la culpa
 Por hablador, ¡majaderol
 ¡Y luégo vendrá mi padre
 Poniéndome por modelo
 De virtud y aplicacion
 A semejante muñecol

ESCENA VI.

MIGUEL y JULIANA; ésta entra con una carta
 en la mano.

MIG. Déjame abrirla, mujer.
 JUL. Si te digo que no quiero;
 A mí me la dió el cartero
 Y yo el sobre he de romper.
 Si lo dije... si adivino
 Lo más grande y misterioso;
 Pero tú tan receloso...
*(Fijándose en Sabino que se pasea
 por la habitacion como apesa-
 dumbrado.)*
 ¿Qué te ha pasado, Sabino?
 SAB. Nada.
 JUL. Sí, respóndeme;
 Cuéntame lo que te pasa.
 SAB. Como vuelva á entrar en casa,
 Entónces se lo diré.
 MIG. Pero ¿quién?
 SAB. Pues ese...
 JUL. Acaba,

SAB. ¡Antonio!
 JUL. Era de esperar.
 SAB. Pues me ha venido á pegar.
 JUL. Tambien me lo figuraba.
 MIG. Esta mujer se figura
 Cuanto inventa su deseo. *(Aparte.)*
 JUL. Pero ¿tú ves? *(A su marido.)*
 MIG. Sí que veo
 Que eso todo es impostura.
 JUL. Siempre el mismo.
 SAB. Sí, señor,
 Pegarme; no me ha pegado,
 Porque yo no lo he dejado...
 JUL. ¡Ya!
 SAB. Pero ha sido peor.
 Empezó por insultarme,
 Como hace todos los días;
 Me dijo mil picardías
 Y se dispuso á pegarme;
 Pero al ver que era imposible
 Desahogarse de ese modo,
 Dijo de nosotros todo
 Lo que de malo es decible.
 MIG. ¡Hombre, qué casualidad!
 ¿Qué dijo?
 SAB. ¡Se me olvidó!
 JUL. ¿Dudas aún? *(A Miguel.)*
 MIG. ¡Dudar yo!
 Si nada de eso es verdad.
 ¿Cómo le voy á creer
 Si oigo el relato sereno,
 Y sé que aquél es muy bueno
 Y éste el mismo Lucifer?
 JUL. Aunque fuera un Barrabás
 No lo debieras decir.
 MIG. Es que yo no sé mentir
 Ni podré mentir jamás.
 JUL. Tiene nuestro hijo razon.
 MIG. No la tiene; te ha engañado.
 JUL. Si llego á entrar por un lado,
 Lo tiro por el balcon.
 SAB. ¡Ay qué risa! *(Aparte.)*
 JUL. Esto ya pasa
 Más que de castaño oscuro:
 No hay remedio, te aseguro
 Que hoy les echo de la casa.
 MIG. Eso será si yo quiero.
 JUL. Ya veremos si van fuera:
 ¿Quién es aquí la heredera
 Y la dueña del dinero?

ESCENA VII.

Dichos y RAMON, que entra con ANTONIO de la mano.

RAM. ¿Se puede entrar?
 JUL. (Reconviniéndole.) ¡Miguell
 MIG. Pasa;
 Y tu, te callas ahora.
 RAM. Dispénseme usted, señora,
 Si soy molesto en su casa.
 SAB. ¿Has ido ya con el cuento?
 (A Antonio.)
 MIG. ¡Silencio! (A Sabino.)
 SAB. No he de callar.
 RAM. Cuando yo te mande hablar,
 (A Antonio.)
 Hablas tú; pero con tiento.
 Hace poco... tu sobrino
 Me ha dicho con voz llorosa...
 SAB. (Aparte.) (Acuson.)
 RAM. No sé que cosa
 Habida entre él y Sabino,
 Y que en la terca porfía,
 O el juvenil alboroto,
 No sé cómo le habrá roto
 El juguete que traía:
 En vez de obrar con despecho,
 Pensando de cualquier modo,
 Vengo á enterarme de todo,
 Que es quizás lo más derecho;
 Y despues que sin pasion
 Me entere de lo ocurrido,
 Yo sabré quién ha tenido
 De los dos chicos razon.
 JUL. ¿Y quién la puede tener
 De los dos más que mi hijo?
 MIG. Ya lo sabes tú de fijo. (A Juliana.)
 RAM. Y yo lo vengo á saber.
 No pido satisfaccion
 Ni á recibirla me atrevo;
 Vengo á darla si la debo,
 Esa ha sido mi intencion.
 Soy su padre, y como tal,
 Pienso que tengo derecho
 Para saber lo que ha hecho,
 Y juzgarlo si está mal.
 JUL. ¿No ha de estarlo?
 MIG. ¡Ay qué demonio!
 Mira, ¿ya hemos terminado:
 Sabino, dí, ¿qué ha pasado
 Entre tú y tu primo Antonio?
 SAB. Que es un chismoso insultante...

MIG. ¡Muchachol
 SAB. Sí que lo es.
 MIG. ¡Pero, Sabino! ¿No ves
 Que están tus padres delante?
 Por eso.
 SAB. ¡Chist! A callar.
 MIG. Y tiene razon el chico;
 ¿Por qué ha de cerrar el pico
 Cuando le mandas hablar?
 MIG. Pero no de esa manera,
 Sin temor y sin recato;
 Le he dicho que haga el relato,
 No que insulte como quiera.
 RAM. Vámonos, hijo, y dispensa
 (A Miguel.)
 Si al venir como he venido,
 Inoportuno he podido
 Inferirte alguna ofensa.
 MIG. ¡Quita allá, no seas así!
 ¿Cómo me puede ofender
 Quien usa tal proceder
 Conmigo?
 JUL. Pues á mí sí.
 MIG. No hagas caso. (A Ramon.)
 SAB. (A Antonio que le habla por lo bajo.)
 Vete, vete.
 MIG. Cállese usted, ó le doy.
 (Amenazándole.)
 RAM. Anda, hijo.
 ANT. Yo no me voy (Lloroso)
 Sin que me des mi juguete.
 SAB. Que te hagan otro regalo.
 JUL. Ahora faltaba el chiquillo.
 MIG. Y ¿qué es?
 SAB. No sé...
 ANT. El organillo
 Que me quitaste de un palo.
 (Ramon hace como que no puede
 oir más, y tirando de Antonio, á
 quien ha cogido de la mano, des-
 aparece por el foro.)

ESCENA VIII.

Dichos, ménos ANTONIO y RAMON.

JUL. Que se marchen, déjalos;
 A ninguno necesitas.
 MIG. Pero es, mujer, que me irritas,
 Y te va á castigar Dios.
 Y á usted tambien, mal criado,
 Lo he de poner yo derecho
 Como un junco.
 SAB. Y yo, ¿qué he hecho?

- MIG. Váyase usted de mi lado.
¡Y qué respuestas ensarta!
¡Con qué descaro y cinismo!
- JUL. Déjale, que va ahora mismo
A leernos esta carta.
(*Rompiendo el sobre de la carta
que aún tendrá en la mano.*)
- MIG. ¡Si no sabes!
- JUL. Ahora verás
Cómo leyéndola vuela;
Si es el primero en la escuela
En pagar mejor y más,
¿Cómo no ser el primero
En todo lo que se aprende?
- MIG. Según eso, ¿allí se vende
La ciencia por el dinero?
- JUL. Sí.
- MIG. Pues te has equivocado;
Y si no, dale que lea,
Y si acaso delecta,
Confieso que me he engañado.
- JUL. Toma y lee.
(*Le da la carta á Sabino; éste la
coge y hace como que la repasa*)
- MIG. Vamos á ver. (*Pausa.*)
- SAB. Ma... de... ri...
- JUL. Déjale estar.
(*A Miguel.*)
- SAB. Ma... dro... di...
- MIG. Eso es solfear,
De ningún modo leer.
- JUL. ¿Será posible?
- MIG. No es cosa;
Ya ves si el chico se explica.
- SAB. Si es que esta letra es muy chica
Y está también muy borrosa.
- JUL. ¡Ah, ya! Entonces...
- MIG. ¡Qué demonio!
- SAB. Y la tinta se ha corrido...
- MIG. ¿A que la lee de corrido,
Sin dudar, tu primo Antonio?
- SAB. ¡A que no!
- JUL. ¿Ese monigote?
- MIG. Tiene gran inteligencia;
Si lee *La Correspondencia*
Y el libro de *Don Quijote*.
- JUL. Ni lo pienses; estoy harta
De esa gente singular.
- MIG. Pues la tendrás que buscar
Si te han de leer la carta,
Porque yo no lo sé hacer,
Ni tú, ni tu hijo Sabino;
- De modo que no adivino
Quién nos la puede leer.
- JUL. Don Roque, el maestro de escuela,
Que otras veces él te llama.
- MIG. Ya sabes que está en la cama
Enfermo de erisipela.
- JUL. Pues entónces, Don Manuel,
El médico.
- MIG. Bien podría;
Mas se ha ido de cacería
Con su primo Rafael.
- JUL. El cura Don Celestino,
Aunque es algo remolón...
- MIG. Se ha marchado á dar la unción
A un enfermo en el molino.
- JUL. ¿Por qué no leerás mejor,
(*A Sabino.*)
- O algo nosotros?... ¡qué apuro!
Y luego, que me figuro
que escribe el procurador.
- MIG. Es posible... ¡qué demonio!
- JUL. Pues yo me quiero enterar.
- MIG. ¿Y cómo?
- JUL. Aunque sea... llamar
Por última vez á Antonio.
- MIG. Eso, vas tú misma allí,
Y á su padre se lo dices;
Tú, que á esos dos infelices
Has arrojado de aquí.
- JUL. Yo no voy.
- MIG. Ni yo tampoco.
- JUL. Y no queda otro camino.
- MIG. Que se lo diga Sabino.
- SAB. ¡Si le he pegado!
- JUL. ¿Estás loco?
- ¿Cómo quieres que mi hijo
Se humille así ante esa gente?
- MIG. A mí me es indiferente,
Lo que es yo no se lo exijo.
Mas á uno de ambos os toca,
Y esto es castigo de Dios;
Pagar uno de los dos
Vuestra ligereza loca.
- JUL. Bueno, voy de mala gana;
Pero como no los halle
Dispuestos, van á la calle,
Sin respetar que es tu hermana.
- MIG. Anda, y verás á Ramon
Amable y fino ante todo,
Haciendo así de ese modo
Más grande tu humillación.
(*Vase Juliana.*)

ESCENA IX.

MIGUEL y SABINO.

- SAB. Lo que es yo, no hubiera ido.
¡Qué hueco se va á poner!
- MIG. Ese es el pago de ser
Aplicado y entendido.
Sé tú así, pero constante
Y con afán verdadero,
Que no consigue el dinero
Hacer sabio al ignorante.
Vas pasando de chiquillo;
Jugar siempre te deprime...
Y ahora que me acuerdo, dime:
¿Dónde has puesto el organillo?
- SAB. Si no lo he visto, ni sé
Si lo traje ó no lo traje;
Quizás lo dejara abajo,
Pues por aquí no se ve.
(*Buscándolo.*)
- MIG. Búscalo bien, y confiesa
Que te portas mal, Sabino.
¿No das con él?
- SAB. No, no atino.
- MIG. Míralo bajo la mesa.
(*Señalando á donde se cayó; Sabino lo recoge.*)
No suena. (*Queriéndolo tocar.*)
- SAB. De los porrazos
Qué él le dió con furia loca.
- MIG. ¡Mentira! Nada, no toca;
Está todo hecho pedazos.

ESCENA X.

Dichos, RAMON, ANTONIO y JULIANA.

- ANT. ¡Ay, mi juguete! ¡Qué gusto!
- MIG. Es verdad; pero le noto
Que lo hemos hallado roto,
Y esto me ha dado disgusto.
- RAM. Eso es propio de la edad;
Todas las cosas del niño
Son ansiadas con cariño
Y tratadas sin piedad.
Es condicion de su vida
Y á su carácter se aviene,
Pues sueña lo que no tiene
Y lo que tiene lo olvida.
- MIG. Te compraré otro mejor.
- RAM. No, señor, no lo consiento;
Con éste está muy contento,
Que es un objeto de honor.
Con que demos aquí punto

Y esta digresion acorta;
Tratemos de lo que importa.
Es verdad, sí, del asunto.

- JUL. Tú dirás.
- RAM. No, mi mujer.
- MIG. Dilo tú.
- JUL. Pero ¿qué pasa?
- RAM. Que estamos tres en la casa
Y no sabemos leer.
- MIG. Yo pensé que era otra cosa,
Algun peligro ó cuidado;
Es claro, nos ha llamado
Juliana tan azarosa...
Con que si de algo servimos,
Disponed de lo que sea.
- JUL. Nada; que Antonio nos lea
Lo que leer no supimos.
(*Dándole la carta.*)
- RAM. Empieza, y sirva de algo,
Que algo vale la niñez,
Pues vales en esta vez
Todo lo que yo no valgo.
- ANT. (*Legendo.*)
«Madrid 14 de Enero. Señora Doña
Juliana: Remito á Vd., con ver-
dadero sentimiento, el extracto
de la sentencia del Tribunal Su-
premo, que confirma la que dic-
tó la Audiencia, declarando que
su hermana de Vd. es la que
tiene derecho á la herencia, por
ser hija de padre y madre, cuan-
do Vd. sólo lo es de padre, y ser
maternos los bienes del pleito.
Tambien le mando nota de lo
que importan las costas que debe
usted pagar y mis honorarios.
Suyo afectisimo, *El Procurador.*»
(*Momentos de curiosidad primero
y de asombro despues. Juliana
cae desvanecida en una silla sin
que los demás lo adviertan.*)
- RAM. ¡Miguell...
- MIG. ¡Ramon!...
- RAM. No te digo
- MIG. Nada: ¡me ahoga la emocion!
Me lo daba el corazon;
Esto es un justo castigo.
- R. M. Deja que estreche tus manos
Con efusion fraternal;
Los hermanos se hacen mal
Cuando son malos hermanos.



MIG. Gracias, Ramon; mujer, ven.
(Juliana empieza á volver en sí, y al oír la voz de Miguel se levanta y corre á su lado.)

JUL. ¡Ay, Miguel! ¡No sé qué siento!

MIG. Sientes el remordimiento
 De no haber obrado bien.

JUL. ¡Qué injusticial! ¡El desconsuelo
 Me mata!

MIG. No es injusticia:
 ¡En la tierra la justicia
 Es un mandato del cielo!

JUL. ¡Somos pobres! *(Llorando.)*

MIG. Sí, de hijo.

JUL. ¿Y qué partido tomar?

MIG. ¿Pues no sé yo trabajar
 Para tí y para mi hijo?

JUL. ¡Pobre hijo! *(Abrazándole.)*

RAM. No hay que llorar,

Que sé cumplir lo que digo;
 Lo que habeis hecho conmigo
 Nunca lo podré olvidar.

MIG. Ya estais viendo qué leccion.

RAM. El que bien sirve, bien cobra.

MIG. Lo que á tí de bondad sobra,
 Nos falta de humillacion.

RAM. Ven, Sabino, y tú tambien,
(A Juliana.)
 Que de Antonio y de Ramon
 Recibís hoy el perdon.
 Yo seré vuestro sosten;
 Tú á ser aplicado empieza:
(A Sabino.)
 Este te dió una leccion...
 No olvides que es la instruccion
 El oro de la pobreza.

FIN.

HOMBRES Y PERROS.

Ayer presenciarnos una escena dolorosa, en la que el hombre y el perro aparecian en primer término.

Un jóven, que llevaba en todo su sér inequivocas muestras del terrible padecimiento interior que iba aniquilando su vida, hallábase sentado en un banco de Recoletos, leyendo un periódico á media voz. A sus piés se encontraba un hermoso perro, mirándole con cariñosa solicitud y pareciendo seguir la lectura de su amo.

¿Qué decía el periódico, que excitaba tan vivamente la atencion del amo y de su perro?

El periódico daba cuenta de que en Francia se habia hecho un descubrimiento de gran importancia para la curacion de la tuberculosis. Un individuo atacado de esta enfermedad dió en que su perro durmiera con él, y al poco tiempo el animal empezaba á padecer

y moria al cabo, con todos los caracteres del padecimiento de su amo. Este, por el contrario, parecia muy mejorado.

Muerto el perro primero, fué reemplazado por otro, y tambien compartió el lecho de su amo, y tambien empezó á sufrir de tuberculosis, y tambien murió. Y el hombre, mejorando de dia en dia.

Hoy duerme con el amo el perro tercero, y empieza á perder la salud: en cambio su señor puede conceptuarse curado por completo...

El lector de los jardines de Recoletos suspende la lectura y mira á su perro con indefinible expresion. Aquella mirada es un programa y un plan curativo.

Pero casi al propio tiempo el perro echa á correr y abandona á su amo.

—¡Trata de salvar su vida! dirá al-

gun lector pesimista. ¡Huye de la tuberculosis!

—No, lector apreciable, aunque injusto. El perro ha huido; pero se diri-

ge espontáneamente al depósito municipal. Herido por la ingratitud humana, recurre al suicidio.

O. y B.

ACTUALIDADES.

Durante los últimos días se han estrenado dos obras en los teatros de esta corte: el drama en tres actos *Conflicto entre dos deberes*, del Sr. Echegaray, original y en verso, y *Bocaccio*, zarzuela arreglada á nuestra escena por el Sr. Larra.

El drama del Sr. Echegaray obtuvo un éxito envidiable; los dos primeros actos son una joya literaria; el tercero, sin perder en nada su vigorosa versificación, decae algo, y su desenlace es de los que impresionan demasiado vivamente. La ejecución digna de todo elogio.

Nuestros aplausos á la señorita Contre-ras y á los Sres. Calvo (D. Rafael y D. Ricardo), Fernandez y Donato Jimenez, y nuestra enhorabuena al autor y al incansable empresario del teatro Español.

Bocaccio, discretamente arreglado, proporcionará grandes entradas á la empresa del coliseo de la calle de Jovellanos, pues la preciosa partitura de Suppé adquiere gran realce al ser ejecutada por la excelente orquesta que dirige el Sr. Vazquez.

Todos los artistas son muy aplaudidos, distinguiéndose el Sr. Subirá.

*
**

Nuestro colaborador y amigo el señor Alvarez Alvistur ha publicado una monografía sobre *El Garbanzo*, resultado de sus estudios experimentales.

*
**

En la Comedia se anuncia la titulada *Sin familia*, para la próxima semana. A la orden, mi general, juguete en un acto estrenado el jueves, no fué aceptado por el público.

En Lara *El centinela* no obtuvo tampoco éxito: falta interés al juguete; y el público, que tanto aplaude *Las codornices*, pieza cómica en un acto, graciosamente escrita por el Sr. Vital Aza, niega iguales aplausos á la última obra del Sr. Blasco.

Variedades, Martin y Capellanes muy concurridos.

*
**

El día 31 del mes corriente se verificará el reparto de premios á cuantos los han obtenido en la última Exposición pedagógica.

*
**

La casa editorial de los Sres. Bastinos de Barcelona ha publicado un lujoso catálogo de sus libros de *Aguinaldo*.

*
**

En la Academia de Maestros de Madrid se ha defendido la creación de Centros escolares en donde puedan educarse convenientemente, conforme á todos los adelantos modernos, un crecido número de niños, por lo menos que no bajen de 500. Para realizar este pensamiento se necesitan edificios de nueva planta, con determinadas condiciones: cocina, comedor, gimnasio, salón de aseo y limpieza, talleres de aprendizaje de artes y oficios; en la planta baja del edificio, y en la parte exterior, un gran patio cubierto en su mitad por una galería de cristales para el recreo y ejercicio de los niños en los días de lluvia, y el resto convertido en jardín histórico-geográfico, en donde los alumnos, recorriendo sus floridas sendas, pudieran escuchar de los labios de sus profesores lecciones provechosas sobre los puntos más capitales de nuestra historia nacional.

La planta principal había de contener diez salones ó escuelas en forma semicircular para otras tantas secciones de á 50 niños cada una. Estas salas han de dar acceso á un gran salón elíptico en el centro para que los alumnos puedan hacer en comun varios ejercicios. Cada sección tendrá su profesor.

El material de enseñanza ha de estar en relación con la edad de los niños y la altura de conocimientos que corresponde á cada sección.

